RENOVACIONES NOMINALES

LA "DISOLUCIÓN" DE LOS AYUNTAMIENTOS

Creo que la estabilidad de este régimen es la de la bicicleta; que mientras marcha rápidamente es muy estable, pero que en cuanto se detiene, cae con estrépito.

ANTONIO MAURA.

Lo confesamos paladinamente, emocionadamente; nuestra sensibilidad, quintaesenciada hasta la hiperestesia, se estremece en vibraciones hondas, evocativas, caudalosas, al disponernos a abordar el tema de más aguda y palpitante actualidad: el tema de los Municipios. ¡Los Municipios! Son ellos la expresión de la existencia vecinal en todas sus complejas relaciones; son ellos el germen invariable de las profundas agitaciones populares en épocas de tiranía para la dignificación alitva del decoro humillado de las masas; son ellos el prestigio histórico de los mayores altruismos cívicos; son ellos el origen y la médula de todo gobierno soberano; son ellos, administrados pulcramente, la seguridad del progreso, del amor y del bien, en un ambiente íntimo de patriarcales emociones; son ellos la representación por Procuradores en las Cortes castellanas participando del poder supremo, dentro de la conservación más estricta de su carácter concejil; son ellos la turbulenta y rebelde organización de las Hermandades de Castilla para luchar por el advenimiento de una Constitución salvadora, obteniendo después el menosprecio de los Reyes, ateniéndose tan sólo a sus mezquinos intereses y a sus feroces egoísmos; son ellos la verdadera democracia para el pertinente «regimiento» de las conveniencias colectivas; son ellos, en suma, el glorioso molde donde los siervos, los pecheros, el estado llano, la clase que trabajaba y sufría, antes como ahora y ahora igual que siempre, hizo prevalecer sus derechos, sus «fueros», como hombres independientes y libres.

El remoto concepto de los Municipios es de soberanía política. Después, con la dominación romana, adquiere naturaleza peculiarmente administrativa. En las décadas medioevales, las municipalidades reconquistan su fisonomía soberana, hasta que el régimen absoluto les priva de sus libertades y les hunde en la impotencia. Más tarde, la significación constitucional de la política moderna, presta a los Municipios garantías de desenvolvimiento más sólido, aunque sin reintegrarles a la firme y plena situación de su personalidad verdadera. Y ahora... Ahora el Directorio Militar, por iniciativa del único Ministro, Sr. Primo de Rivera, que lleva el timón de los designios patrios, suspende, da el cese, sustituye o disuelve—no importa el término de expresión sino el hecho consumado—a todos los Ayuntamientos de España, mediante una fórmula renovadora que no ha logrado convencernos, siquiera haya pretendido cimentarse sobre los «anhelos del alma popular despertada a la vida ciudadana» y sobre su «carácter provisional hasta que imperen nuevas leyes.»

Nosotros creemos, por término antitético, que los anhelos del alma popular están dormidos a la vida ciudadana y que las nuevas leyes que hayan de imperar tras el «provisionalismo» triunfante, no han de ser vigorizadas por los vocales asociados de las Juntas Municipales, ahora al frente de las Corporaciones concejiles, y que hasta hoy vinieron sancionando—artículos 31 y 33 de la Ley Municipal—los presupuestos, las cuentas y la creación de arbitrios de los Ayuntamientos.

No pretendemos, razonando así, justificar del modo más remoto ni mantener la más leve disculpa, respecto de los administradores edilicios anteriores. Lo que nos permitimos señalar es que, si los referidos administradores cesantes «venían entorpeciendo la vida de los pueblos con poca eficacia y escrúpulo», según reza la Exposición del Real Decreto «disolutivo», los flamantes sustitutos de ahora han de merecer igual censura como colaboradores directos en la misma obra de aquellos. Y que si los primeros fueron «a la vez semilla y fruto de la política partidista y caciquil», según dice también la mencionada «Exposición», los otros, los que acaban de pasar a gobernarlos, es fuerza que se hallen incluidos en idéntico pecado... Esta es la lógica contundente de los hechos, esta es la realidad desnuda, esta es la resultante de una evidencia amarga...

La conveniencia municipal reclama, más que ninguna otra, un sistema representativo por elección directa de los ciudadanos. La asociación legal de las personas que residen en un término municipal—Municipio—, requiere una «representación» legítima—Ayuntamiento—para que todo el territorio—término municipal—disfrute una prosperidad económica y administrativa de progresión constante. Es el Municipio la institución más «natural» que puede registrarse en el desarrollo de los pueblos. Despojar a estos organismos de sus libertades, de sus prerrogativas o derechos, ha sido siempre «un poco» peligroso... El despojo centralizador ha ahogado mencionadas libertades, evitando que su estructura nazca, como debe nacer, de abajo arriba, de lo menor a lo mayor, de lo sencillo a lo compuesto... El problema de los Municipios es el problema magno, la clave esencial y superior a todos. No queremos recordar siquiera a España bajo las Monarquías absolutas, en las que juzgando los reyes a «su reino» como un «patrimonio privado», lo resolvían todo «de por sí» ateniéndose a la tesis romana de que «la ley es lo que al Príncipe place», de acuerdo con lo cual «despliega» Carlos V a la nobleza de las famosas Cortes de Toledo en 1533, desapareciendo la efica-

cia de las mismas y el recuerdo de sus apagados esplendores, hasta el planteamiento moderno del régimen representativo o constitucional.

De aquí nuestras reflexiones e inquietudes espirituales en las presentes circunstancias. No nos desasosiegan las reformas; al contrario. Cuanto más radicales, cuanto más valientes y más hondas, nos parecen mejores. Y sobre todo, cuanto más extensivas a todos los órdenes y a todas las cosas, siempre que las inspire un móvil de amplitud de ideales, de sentimientos y de credos. Situado el Directorio militar en un plano de economías para el tesoro público, ¿no estima oportuno dirigir una «ligera» mirada al Concordato de 1851, procediendo en su consecuencia, entre otras cosas, al examen de la arcaica demarcación eclesiástica, y decidiendo acto seguido la pertinente reducción de diócesis, así como de Cabildos, cuya utilidad en la forma que hoy se hallan nos parece «muy discutible»? ¿Y la parte permanente del Senado, de la que ya nos ocupamos en otra ocasión en estas páginas, calificándola como «la voz del pasado», que vibra como un eco de ultratumba...? ¿Y las Diputaciones provinciales esos focos inútiles, nidos de vacuidad y covachuelas de trapacerías...? ¿Y tantas otras cosas, a las que parece se contempla con algo de prevención inviolable...?

¡La «disolución» de los Ayuntamientos...! No volvamos sobre la materia. Nuestro criterio queda expuesto con la sinceridad que nos es acostumbrada. El predominio de los caciques sigue fuerte, victorioso, decidido... Se nos antojan, por tanto, inverosímiles estas renovaciones de nombres, renovaciones nominales que no destierran al caciquismo ni desubren nada nuevo... Lo deploramos. Y mantenemos la opinión de que muy en breve, todo lo antes posible, debe procederse a una elección general de Concejales, fiscalizada en el procedimiento para la más honrada aplicación de éste, al inmediato objeto de que la voluntad del pueblo, fuente exclusiva del poder en su autoridad soberana, elija sus representantes libremente...

Si en esto, como en otras determinaciones del Directorio Militar, todas establecidas a propuesta de su Presidente, ocurriese a la inversa, la bicicleta de «la frase» de Maura habría detenido su marcha para derrumbarse con estrépito... Y este apostol activo de las nevadas barbas—del que nos separa doctrinalmente un abismo infranqueable—merecería, por una vez, nuestro rendido acatamiento como tributo al éxito radiante de su inspirada profecía.

MANUEL CAMACHO BENEYTEZ

OBSERVACIONES

CASINO MANCHEGO

Desde que entré a la vida de un pueblo manchego, comprendí «la importancia» de un casino. Viene a ser su síntesis, condensación de pueblo, espejo y quintaesencia del mismo. Para que vean su importancia, todo el tabaco que en el pueblo se compra se fuma en sus casinos; hasta el piano está nicotinizado.

Es de rigor definir ante todo un Casino. Para mí tal cosa es algo así como el descaro del ocio, la placidez de la vida pacífica, el rincón silencioso y quietado que destruye todas las energías solo con el lento roce de las horas.

Se afirma también que un Casino es una sociedad escogida y relativamente numerosa que trata de proporcionar recreos honestos a sus asociados. No lo crean. Es un rumor bastante inexacto. Un Casino no es una sociedad; por lo menos, los que en esta tierra yo conozco, no sé por qué se le ha de llamar así. Mas acertado sería llamarle suma y conjunto de montones de «amigos» perfectamente separados entre sí. Además tampoco es eso un Casino, sino el hogar de una media docena de señores que disponen para su servicio de un conserje, tres o cuatro camareros y un botones. Esos señores están al margen de toda vida activa, son almas puras sencillas dedicadas a velar por la moral «de los demás», ponderando con laudable justicia los hechos de la vida pública y privada que a su noticia llegan... ¡Dios les premie! Aunque se diga lo contrario estos señores solos componen el Casino. Se turnan en la Presidencia. Están en «su» casa. Los demás que por allí se ven, son señores de paso que hacen una visitita a los anteriores, juegan por hacerles compañía una partida de truco, y se marchan para no molestar. No son «compañías» como los anteriores...

Se dice que en los Casinos hay sala de juegos prohibidos. No es verdad. Por lo menos en los Casinos del pueblo de esta «historia» no se ve tal cosa... Acerquémonos disimuladamente a los distintos grupos, y apuntemos lo que al pasar oigamos. En un grupo de jóvenes, se sostiene una conversación sumamente espiritual.

—¿Has visto «las nuevas» que han venido al cabaret?

—Sí, unos loros, No valen nada...

—Claro, estarían cansadas del viaje... Paso, y no me entero de más. Voy a la sala de billar.

—Ahora te mondo.

—¡Menos!

—Se escapó por la corbata.

—A ver este pasabola. Prepárate a apuntarme siete.

No entiendo muy bien lo que oigo, pero me parece de una sabiduría portentosa. Apunto y callo. Mis apreciaciones no podrían añadir nada.

Mas palabras sueltas.

—¿Un vermuth con anchoas?

—Podría ser...

Rumbo a otro charla.

—Cuando te casas, Fulano?

—Ya pronto; después de la vendimia.

Tampoco hallo nada nuevo. Vamos a otra parte.

—¿No sabes que la fulanita es novia con fulanito?

—¡Bah! eso ya es viejo...

—Nada chico se impone el ejemplo...

Hay que hacerse novios...

—¿Y con quién...

—¡Verdad es! No sabe uno de que árbol ahorcarse...

Resumen:

Señores inactivos que murmuran, gentes que juegan, jóvenes preocupadísimo de encontrar nuevos colmos acerca de los sastres y de las idas y venidas de palomitas mensajeras, billaristas idiotas, muchachos que hablan de casarse como de una costumbre bien vista, más o menos sujeta a cálculo y contabilidad...; alguno que otro señor «chalado» que pide libros en la Biblioteca...

Eso he visto en los Casinos del pueblo al cual no nombro, que son poco más o menos lo que todos los casinos manchegos; lo que todos los Casinos...

¡Con la mano puesta sobre el pecho declaro no haber visto nada más..!

FRANCISCO DE LA IGLESIA LEÓN

CUENTO

El Consejo de la abuela

Mi pueblo, pasando el verano, se envuelve en una melancólica paz... La tristeza lo circunda por los cuatro vientos...

Su silencio sepulcral es interrumpido por el graznido de las aves nocturnas, y por el agudo son de la campana del reloj de la torre...

En estas noches, para ahuyentar el tedio que me embarga quedéme oyendo a mi abuela contar fantásticas historias...

Una de estas noches la más fría de mi vida, rogué a la abuela la merced de un cuento...

—¡Bien hijo mio...; mas fíjate en él...! ¡Puede que saques un consejo...!

Dulcemente sonreí; con risa dubitativa y cuando iba a manifestarle la necesidad que había para que la distracción resultare provechosa, dijo:

—Mira, querido nieto, allá en tiempos remotos hubo un Príncipe, locamente enamorado de la Princesa Berta, damita romántica que sonreía burlesca al amor que le ofrecía, porque ella soñaba un hombre ideal, forjado en la quimera de sus rosadas soñaciones... El Príncipe, quería conseguir una promesa de amor de los labios de aquella mujer, poniendo a prueba su vida y su fortuna... Enterada una vieja de la hoguera visitó al galán, manifestándole que por una bolsa de escudos «la damita alta» sería suya. La esperanza de ver la rendida en sus brazos hizo que el Príncipe entregara la dádiva, no sin antes decirle a la antañona: ¡Oye, vieja endemoniada, si me engañas te mataré sin piedad...! ¡Esta noche iré a su raja, Jesús, María y José! —dijo la vieja gruñendo y santiguándose... Ya de madrugada, cuando la Luna como un broche de plata prendía en el azulado manto de los cielos, el Príncipe, amorosamente departía con la Amada...

Al poco tiempo se celebraron los desposorios con el fasto que les era propio a ambos nobles...

Los esposos vivieron felices algunos meses...

Después empezaron para ellos una serie de graves disgustos, dando por resultado su separación...

La causa principal de los disturbios conyugales, se explicaba en una carta que Berta dirigió a Arnaldo, que así se llamaba el Príncipe. La misiva decía: «Caballero Arnaldo: Aquella vieja debiera ser la que por mí hablara; más yo soy preguntada y debo responder. Por dos razones le entregué mi mano: la primera por que su enviada manchego mi alma, haciéndome mirar insinivamente sus arcos preñados de oro y la segunda por la lástima que me inspiró, cuando con lágrimas en los ojos me decía; ¡Berta...! ¡Berta...! Si no lo recibes me mataré sin compasión... Hoy estoy tranquila y no puedo darle mi alma al mercader que me compró.»

El Príncipe, amargado y ardiendo de despecho, puso fin a su vida, después de haber pagado con oro su suete y la libertad de una mujer.

Mi abuela suspiró al terminar su narración y tendió sus brazos sobre mi cabeza, que cubrió de besos...

—Abuela—dije—¡El corazón que se me rinda, no tendrá más precio que los oros que atesora mi noble corazón...! ¡Aprovecharé tu consejo...!

La noche llegó a su apogeo... La abuela marchóse a descansar, mientras yo meditaba sobre la existencia «real» de ese tipo que satíricamente dibuja el Arcipreste de Hita en su Libro de «Buen Amor», al que titula Urraca, y sobre la otra vieja astuta, malévola y gruñona, que se llamó Celestina, con los distinguidos personales de zurcidora de voluntades, medio bruja, y vendedora de pocimas y filtros...

¡Lo único que me pareció interesante, es que las mujeres que se casan con la Princesa del cuento, envienen su corazón con el verdoso capote del metal y que los hombres heridos en su propia estimación, compran como una mercancía a la mujer, ignorando su alma... ¡Si así ocurre!—qué asco...!—El amor es mentira; es una farsa donde el desarrapado de la Fortuna nunca logrará ser amado y el poderoso jamás será feliz...!

ALEJANDRO ALCAIDE REDONDO

PAJARITAS DE PAPEL

LA VENDIMIA

Cuelgan, entre los pámpanos, los dorados racimos del agrí dulce fruto de las báquicas vides, cuyo jugo nectárico, al libar, presentimos que infunde en nuestra sangre arrestos de adalides.

Porque desde los tiempos del bíblico Noé, anciano patriarca «gallardo y cava», que, según la leyenda nos asegura, fué el primer ciudadano que «agarró» una «jumerá»;

a estos calamitosos días contemporáneos, en que se rinde a «Baco» culto tan excesivo, tanto ha aumentado el número de «fieles concurdáneos»,

que hay pocos que no sean del «gremio bebitivo».

Unos beben champaña dc rado y espumoso, dando a sus embriagueces marcada distinción, y los hay que se «encurdan» de un modo lastimoso, libando del plebeyo y humilde «peleón».

Contra las aficiones de los «papalistas», nada valen los tópicos de la oratoria hueca, ni los sanos consejos de sabios higienistas, ni las conminatorias normas de la «ley seca».

Por eso a la vendimia, que hoy está en su apogeo, canto con los acentos más dulces de mi «lira», puesto que nos promete mitigar el deseo, por el que la beoda humanidad suspira.

Ya no es la dionisiaca fiesta del desvario, que al dios «Baco» ofrendaban sátiros y bacantes, las que, ostentando un pámpano por único atavío, debían, a mi juicio, estar «despampanantes».

La escasez del producto de la vid, ha venido a hacer más angustiosos nuestros acerbos males; tan sólo el Directorio, gran cosecha ha tenido, pues vendimió en un día todos los concejales.

Ante estas decisiones de tono violento, pidamos al que, sabio, rige nuestro destino, porque igual no nos pase que al borracho del cuento: ¡No vaya a parar todo en que suban el vino!

TOMÁS ALMODOVAR.